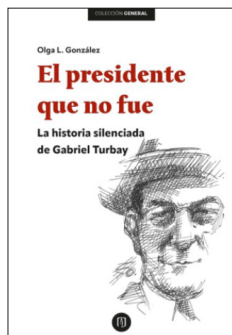




RESEÑA



Olga Lucía González **El presidente que no fue: la historia silenciada de Gabriel Turbay**

(Bogotá: Ediciones Uniandes, 2025)

467 páginas

ISBN: 978-958-798-795-9

SERGIO ALEJANDRO MÉNDEZ-VIZCAYA

sa.mendez10@uniandes.edu.co

Doctor en Historia de la Universidad de los Andes.

<https://orcid.org/0009-0005-7618-3303>

La cuenta de cobro historiográfica al mito gaitanista

En *El presidente que no fue*, Olga Lucía González (doctora en Sociología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París) examina la trayectoria y el legado de un político históricamente marginado de la narrativa oficial colombiana: Gabriel Turbay. A partir de una reconstrucción de su carrera política, el libro analiza las perspectivas y omisiones que han configurado la historiografía nacional del periodo de la República Liberal y la exaltación de la figura caudillista de Jorge Eliécer Gaitán. Asimismo, este trabajo subraya la relevancia de la crítica historiográfica como una herramienta para el fortalecimiento de la cultura democrática.

El énfasis de esta investigación se centra en las elecciones de 1946 –las cuales marcaron el fin de la República Liberal–, en las que Turbay fue candidato por el Partido Liberal y compitió por la presidencia con Jorge Eliécer Gaitán y el conservador Mariano Ospina Pérez. Según su autora, el libro persigue cuatro objetivos:



[...] el primero, hacerle justicia a un hombre que fue importante para la vida política colombiana; el segundo, narrar los hechos como realmente sucedieron (y aportar evidencias); el tercero, interrogar algunos mitos que se han instalado en el relato de los años treinta y cuarenta en Colombia; el cuarto, establecer un diálogo con los interrogantes de nuestro presente. (p. XIX)

El trabajo de González resalta particularmente los objetivos segundo y tercero; esto debido a que Turbay, a pesar de su relevancia en el desarrollo de la República Liberal, ha sido ignorado o tratado de manera simplista por la historiografía política colombiana.

En la primera parte del libro, González expone algunos aspectos biográficos básicos de Turbay. Se enfoca, principalmente, en el desarrollo de una carrera política que abarcó desde sus inicios como militante de ideas revolucionarias de izquierda hasta su ascenso como joven y exitoso congresista al final de los años veinte. En este periodo, Turbay destacó en diversos debates, entre los que se incluye la famosa discusión parlamentaria sobre la masacre de las bananeras. Asimismo, la autora resalta su labor como organizador de la campaña presidencial que devolvió el poder a los liberales en 1930, y su importancia en la República Liberal, tanto en calidad de ministro de Gobierno como por su desempeño diplomático como embajador ante los Estados Unidos.

En esta primera parte del libro, la historia de Turbay se construye en paralelo con la de la de Jorge Eliécer Gaitán, su principal competidor en la campaña de 1946. Para ello, González comienza por resaltar algunas similitudes y convergencias; por ejemplo, que Gaitán, al igual que Turbay, era de “origen modesto”, “no pertenecía a los círculos capitalinos del poder”, tenía una “creencia en la formación, horas consagradas a la educación” y poseía una “temprana politización” (p. 3). De la misma manera que para Turbay, esta temprana politización se dio en las ideas de izquierda, y su ascenso en la política fue producto de su éxito como parlamentario, espacio en el que también se destacó en los debates, como en el de la masacre de las bananeras. Sin embargo, en los años treinta sus carreras, especialmente en la forma de asumir la actividad política, empezaron a divergir. Al respecto González comenta:

Consciente o inconscientemente, las estrategias que siguieron Gabriel Turbay y Gaitán durante este periodo fueron opuestas en el método, aunque complementarias en lo sustantivo. Turbay era el político moderno, enfocado en la construcción y orientación de un gobierno fuerte. Su obra fue echar fundamentos, construir las bases, establecer las reglas de juego que permitieran democratizar a Colombia y garantizar la igualdad ante la ley. Gaitán era el agitador nato, el hombre que movilizó a las masas,

que habló por ellas, que buscó representarlas en la arena pública. Eran dos personalidades y también dos formas de hacer política desde la izquierda. (p. 60)

De esta manera, Turbay se consolidó entonces como un “hombre de partido”, ya sea por organizar campañas políticas o por su servicio como ministro y embajador de los diversos gobiernos de la República Liberal, mientras que Gaitán, ajeno a esa disciplina política de partido, eligió el camino del “agitador de masas”.

Este es un punto sociológico muy destacable que aporta profundidad al análisis histórico: Turbay y Gaitán no son simplemente valorados por sus logros o sus inclinaciones ideológicas, sino por la *forma* en que practicaban la política. Para González –y este es un tema recurrente en el libro–, el valor de Turbay radica en su compromiso, profundamente moderno, de construir su partido como una institución sólida en todos los aspectos: desde lo electoral hasta el valor del ideario y la discusión política. Todo ello estuvo atravesado por firmes convicciones democráticas dentro de un pensamiento liberal moldeado por múltiples influencias, las cuales van desde las ideas del comunismo, que primaron en su juventud, hasta el pensamiento rooseveltiano¹, imperante en el continente americano durante su madurez.

Bajo esta luz, el libro presenta los logros políticos de Turbay durante la República Liberal. Entre estos destaca su participación –principalmente como ministro de Gobierno y jefe de debate en el Congreso– en temas cruciales como la reforma agraria, la creación del registro civil, la reforma penal, la separación entre la Iglesia y el Estado y la lucha por la igualdad de la mujer en aspectos como el acceso al mercado laboral, el control de sus finanzas y el derecho al divorcio. A esto añade su labor como ministro de Relaciones Exteriores, gestión en la que González muestra la férrea oposición de Turbay al fascismo, corriente que en los años treinta y cuarenta contaba con gran fuerza en Europa y no pocos admiradores en Latinoamérica. Asimismo, resalta su papel en alinear a Colombia contra las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial y su posterior vínculo con el naciente orden internacional –inspirado nuevamente en las ideas rooseveltianas– que representó la creación de las Naciones Unidas tras la finalización del conflicto.

En la segunda parte del libro –la más extensa, pues aunque ocupa el mismo número de capítulos que la primera (seis), casi la duplica en número de páginas–

¹ En particular por sus ideas progresistas respecto al papel del Estado para regular la economía, la necesidad de tener un estado del bienestar y su concepción sobre el orden internacional.

se relata la historia de la campaña presidencial de 1946. Para ello, González se basa primordialmente en un muy riguroso seguimiento de prensa, con consultas a publicaciones como *El Tiempo*, *El Siglo*, *Jornada*, *El Espectador*, *Vanguardia Liberal*, *Batalla*, *Diario Popular*, *El Liberal* y *El Colombiano*, por mencionar las más importantes. Asimismo, recurre a correspondencia conservada en el Archivo General de la Nación y a diversas compilaciones de los discursos de Gaitán y Turbay.

En esta parte, la autora analiza tres aspectos principales de la campaña. El primero fue el sabotaje que realizó la mayor parte de la élite del Partido Liberal contra su propio candidato, bajo el liderazgo de Alfonso López Pumarejo. Según González, este sabotaje tuvo varias motivaciones, que iban desde el temor a un Partido Conservador que se inclinaba, cada vez más, por el uso de la violencia como método de ascenso político hasta la debilidad de López Pumarejo tras un intento de golpe de Estado y el escándalo de corrupción de su hijo, Alfonso López Michelsen, en el llamado caso Handel (en el que se benefició con la venta de las acciones de la compañía holandesa Handel, la cual era, además, accionista de la Cervecería Bavaria). Este último hecho provocó que Turbay se distanciara del presidente. Asimismo, influyó la aparición de grandes gremios económicos en la década de los cuarenta, como la ANDI y Fenalco, los cuales se oponían a las políticas en pro de los trabajadores y al intervencionismo estatal que Turbay defendía, tales como la ampliación de la salud y la educación pública, la creación del Seguro Social y el establecimiento de entidades de vigilancia como las superintendencias. Por ello, López Pumarejo, muy cercano a esas élites, buscó un candidato de “consenso” con los conservadores, a costa de aquel que había sido elegido legítimamente por su propio partido.

El segundo tema que González analiza es el apoyo que dieron Laureano Gómez y otros sectores del conservatismo a Gaitán durante la mayor parte del proceso (hasta que los conservadores definieron un candidato propio). Lo interesante de este respaldo es el hecho de que no fue solo instrumental, pues, como se muestra en el décimo capítulo, existieron coincidencias ideológicas que, en el caso de Laureano Gómez, se expresaron tanto en público como en privado. Estas afinidades entre Gaitán y Gómez se centraban en una visión primordialmente moralista de la política, en el carácter apasionado de la oratoria gaitanista –la cual, según González, era priorizada por el caudillo en detrimento de la argumentación racional y de un programa político claro– y en el fervoroso anticomunismo del que tanto Gaitán como los conservadores hacían gala. De hecho, González parece sugerir que, de no ser por el republicanismo y la visión laica del Estado que tenía Gaitán, habría sido particularmente difícil distinguirlo ideológicamente de la línea más radical

del conservadurismo, al menos durante esta campaña. Es así que, en el décimo capítulo del libro, González presenta evidencia, proveniente del testimonio del dirigente de izquierda de la época Ignacio Torres Giraldo, de que la campaña de Gaitán fue financiada por Bernardo Ángel, el hijo del industrial Alejandro Ángel Londoño. Descrito por la autora como una figura perteneciente “a la derecha más dura del Partido Conservador” y “Violentamente antisemita y anticomunista”, Ángel había fundado en 1935 el movimiento Colombia Nacionalista y en 1945 fue nombrado tesorero de la campaña de Gaitán (pp. 270-271).

El tercer gran tema de esta parte del libro es la campaña racista y xenófoba que se emprendió contra Turbay, tanto desde la prensa conservadora (en especial *El Siglo*) como desde la gaitanista (*Jornada*). Esta ofensiva se basó en el uso constante de estereotipos raciales ligados a la ascendencia libanesa de Turbay y la idea de que, por lo tanto, no era un ciudadano colombiano propiamente dicho². El capítulo donde se detalla este fenómeno (el undécimo) presenta una sólida evidencia –tanto textual como gráfica– al respecto. No obstante, aunque González dedica casi tres páginas a definir el concepto de racismo y la distinción que tiene con relación al de xenofobia, no recurre a ningún referente teórico para tal empresa, lo cual le hubiera podido dar mayor claridad respecto a su propósito³.

En la tercera parte del libro se aborda la ausencia de Gabriel Turbay en la historiografía y las lecciones políticas que su vida y, especialmente, las elecciones de 1946 dejan para la actualidad. Respecto a la cuestión historiográfica –de central importancia en este trabajo–, la autora presenta una extensa “cuenta de cobro” que posee varias aristas. La primera se refiere a los errores y omisiones de la historiografía sobre Gabriel Turbay. González critica la construcción de una narrativa que lo presenta como el candidato de la “oligarquía”, de los “políticos profesionales” y de las “maquinarias lopistas” (errores en los que, desde su perspectiva, incurren

2 La manera en que Turbay era presentado por *El Siglo*, además, parece haber tenido marcados tonos de lo que Edward Said (1978) llamaría *orientalismo*. Así, González recoge un peculiar artículo de dicho periódico de la época en el que se llega a afirmar que uno de los objetivos políticos de Turbay era reemplazar los “hogares católicos” colombianos por “amplios serrallos, perfumados y sensuales, en donde la vida se adormezca en sueños y placeres” (pp. 288-289).

3 González define el racismo como: “[...] considerar que no existe espacio para determinados grupos de la población (negros, migrantes, hijos de migrantes, indígenas, etc.) en cierta comunidad porque no cumplen los requisitos (de color de piel, de ancestros, de religión, de cultura)” (p. 280). Sin embargo, y en consonancia con varios autores que han abordado esta cuestión, incluso desde diferentes perspectivas (Hannaford, 1996; Isaac, 2004; Lewontin, Rose & Kamin, 1987), esta definición centrada en la mera discriminación omite el panorama más general del concepto. En particular, es importante evidenciar que el racismo parte de la idea de “raza”, un concepto seudocientífico en el que, basándose en un grupo de características físicas (biológicas, hereditarias y condicionadas generalmente por el medio ambiente), se pretende explicar el comportamiento y el carácter moral de grupos poblacionales enteros (étnicos o nacionales).

autores tan destacados como Jorge Orlando Melo y Herbert Braun). Asimismo, cuestiona que se le haya descrito como un candidato “gris” e “impopular” (pese a que obtuvo más votos que Gaitán) y que, supuestamente, se hizo con la nominación del partido de manera ilegítima (cosa que González desmiente categóricamente con datos en la mano en el capítulo séptimo del libro, en particular, debido al apoyo abrumador que Turbay obtuvo en la convención nacional del partido).

Por otra parte, la autora critica los múltiples silencios que hay sobre Turbay en la literatura política sobre el periodo. Entre ellos destaca el hecho de que no se mencionen sus logros durante la República Liberal; por ejemplo, señala que en la *Nueva Historia de Colombia* se omite el nombre de Turbay en la lista de ministros de Relaciones Exteriores. Asimismo, indica que historiadores que analizan las relaciones entre la Iglesia y el Estado –como Ricardo Arias y Fernán González– no dan cuenta de la importancia de su participación en los debates sobre el Concordato en los años treinta. A esto suma el hecho de que se hayan ignorado sistemáticamente los ataques racistas que Turbay recibió durante la campaña de 1946 y la falta de dimensión sobre la relevancia del personaje, algo de lo que la autora acusa a estudiosos de la talla de Daniel Pécault y David Bushnell.

En este apartado también se presenta una dura crítica al relato construido sobre la figura de Gaitán –tanto en la memoria como en la historiografía– a partir de lo que González denomina el “mito sobre Gaitán”, uno que “se crea casi al momento de su asesinato”, hecho que lo convirtió “básicamente en un símbolo: de los desposeídos, de las víctimas, de la disidencia frente a los poderosos” (p. 370). Este mito ha estructurado gran parte de la discusión histórica y política sobre Gaitán, para que se acomode a la imagen idealizada del personaje que promueve. Y esta sería la razón por la cual, tanto en la historiografía como en la memoria sobre Gaitán, hay una resistencia a reconocer que su estilo agitación populista utilizó el racismo y las ideas xenófobas para atacar a Turbay en la campaña del 46. Un ejemplo de esto que González pone al respecto es el del historiador Renán Vega Cantor, quien trata de defender a Gaitán en relación con este tema, sosteniendo que lo que hizo durante esta campaña fue simplemente una reivindicación nacionalista de sus propios orígenes mestizos e indígenas, ante el desprecio que estos habían generado entre las élites políticas y sociales colombianas (p. 370).

Para González, el mito sobre Gaitán se construyó con base en diversos pilares. Por un lado, destaca la astucia del caudillo, quien siempre se proyectó de manera muy hábil, gracias a un aprendizaje derivado de su estancia en la Italia de Mussolini, particularmente en lo referido al manejo de las masas y los medios de

comunicación. Por otra parte, se encuentra la figura del “mártir civil” que Gaitán encarnó tras su asesinato, imagen que ya existía en el imaginario nacional y que había sido representada previamente por el también político liberal Rafael Uribe Uribe. A todo esto hay que incluir, además, el tema de a quién apoyó el Partido Comunista y los Sindicatos en la campaña del 46. El “mito sobre Gaitán afirma que o bien estos apoyaron a Gaitán o, si apoyaron a Turbay, se debió únicamente a que PC atravesaba su periodo «browderista»⁴, cosa que González desmiente en el capítulo doceavo del libro. En últimas, todo este andamiaje fue amplificado por el trabajo biográfico de José Antonio Lizarazo Osorio, director de *Jornada*. Para la autora, su libro *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia* (1952), reunió y solidificó muchos de los falsos tópicos que persisten tanto sobre el periodo en general como sobre el caudillo y sus oponentes –especialmente Gabriel Turbay– (tanto en la memoria como en la historiografía).

Más importante aún dentro de esta crítica historiográfica es la observación de González sobre la precariedad de las fuentes para estudiar a Gaitán, las cuales están incompletas y no son muy accesibles. Esto se debe a que, en algunos casos –como ocurre con el periódico *Jornada*–, se encuentran ejemplares mutilados o, incluso, bastantes números faltantes en las pocas hemerotecas donde se conservan. Asimismo, muchos de los discursos de Gaitán están perdidos, incompletos o alterados. Sin embargo, resulta más grave el hecho de que estas fuentes se hallen bajo el control de su familia; en particular de su hija, Gloria Gaitán, quien se ha convertido en la guardiana del acceso a las mismas. Desde esta posición, ella controla la memoria sobre su padre para ajustarla a una narrativa favorable al mito construido a su alrededor. La autora señala además que este fenómeno no es exclusivo de Gaitán, sino que afecta también los archivos de otras figuras políticas de primer orden, como Laureano Gómez o Alfonso López Pumarejo.

En síntesis, el valor de este trabajo no solo radica en la calidad de la investigación –en particular en su riguroso seguimiento de prensa para comprender la elección de 1946– o en la apertura de un debate historiográfico en torno a la poco estudiada figura de Gabriel Turbay. También reside en señalar lo que su paso por la política representó para la República Liberal, lo que este periodo significó (y aún significa) para la historia de Colombia y, por otro lado, en una crítica necesaria a la

4 Una tendencia del Partido Comunista estadounidense que abogaba por la cooperación entre el capitalismo y el comunismo, que se dio durante y poco después de la Segunda Guerra Mundial, y cuyo nombre hacía referencia a su secretario general durante dicho periodo, Earl Browder.

figura idealizada de Jorge Eliécer Gaitán y el manejo de la memoria y las fuentes de este periodo acorde con relatos preestablecidos.

Estos debates –como señala la autora en el último capítulo– tienen consecuencias cruciales para el presente, pues obligan a una reflexión sobre la izquierda y, de manera más general, a las formas en que se da la discusión política en Colombia. En este punto es importante señalar –como bien indica González en la introducción– que la cuestión no es una de carácter meramente histórico⁵. La autora, asidua comentarista política y columnista del medio digital *La Silla Vacía*, afirma en la introducción de su obra que:

El tono de este libro no es de fría neutralidad. Aunque riguroso, este trabajo no es la transcripción de una disertación doctoral. Es un libro comprometido con ciertos valores: con la idea de ampliación de la democracia, de los derechos y del pluralismo. En ese sentido, es un libro comprometido con el presente y con nuestro devenir como nación. (p. XVIII)

En virtud de ello, no se le puede juzgar meramente como un texto académico. Sin embargo, y precisamente con base en lo anterior, la reflexión de este último capítulo se queda algo corta. Habría sido necesario que González hubiera hecho una comparación más detallada entre las debilidades de la actual izquierda colombiana y su relación con el populismo gaitanista, tema al que apunta de manera clara el libro.

Para concluir, es claro que para González hay una disyuntiva clara con relación a esta cuestión: una opción fundamentada en un ideario definido, con un programa discernible y basado en argumentos –como propuso Gabriel Turbay–, u otra de carácter populista que abandone el valor de la discusión pública y el debate, como la que, desde su perspectiva, representó Gaitán. La discusión, tanto historiográfica como política, queda abierta y la pregunta es, entonces, si la academia y el país decidirán asumirla o ignorarla.

5 Es importante señalar, dadas las intenciones políticas del libro, que este ha tenido un gran impacto mediático. Es así que para el momento en que se escribe esta reseña, *El presidente que no fue* ya cuenta con cinco ediciones y un tiraje de 5000 ejemplares –cifra poco común para un texto académico–, además de haber sido reseñado en la prensa por destacadas figuras del ámbito político, académico y periodístico, tales como Daniel Samper Pizano (2025), Carlos Uribe Celis (2025), Armando Martínez (2025) y Armando Montenegro (2025), por señalar algunos ejemplos. Sumado a ello, la autora ha concedido múltiples entrevistas y ha participado en diversos conversatorios a lo largo del país para discutir el alcance de su obra.

Referencias

- Celis Uribe, C. (2025, 8 de julio). A propósito de El presidente que no fue, la historia silenciada de Gabriel Turbay. *Vanguardia*. <https://www.vanguardia.com/entretenimiento/cultura/2025/07/08/a-proposito-de-el-presidente-que-no-fue-la-historia-silenciada-de-gabriel-turbay>.
- Hannaford, I. (1996). *Race: The History of an Idea in the West*. The Woodrow Wilson Center Press.
- Isaac, B. (2004). *The Invention of Racism in Classical Antiquity*. Princeton University Press.
- Lewontin, R. C., Rose, S. y Kamin, L. J. (1987). *No está en los genes: racismo, genética e ideología*. Editorial Crítica.
- Martínez, A. (2025, 1 de mayo). El que debió ser presidente. *Vanguardia*. <https://www.vanguardia.com/opinion/columnistas/2025/05/01/el-que-debio-ser-presidente/>.
- Montenegro, A. (2025, 10 de agosto). Otro retrato de Gaitán. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/armando-montenegro/otro-retrato-de-gaitan/>.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1952). *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia*. López Negri.
- Pizano Samper, D. (2025, 22 de junio). La conspiración contra el turco. *Cambio*. <https://cambiocolombia.com/los-danieles/articulo/2025/6/la-conspiracion-contra-el-turco/>.
- Said, E. (1978). *Orientalism*. Pantheon Books.